

# TERROR PREHISTÓRICO

## VVAA





*Voy a ir al grano. Terror. Eso es lo que habéis venido a buscar, ¿no?  
Pues aquí lo tenéis. Puede que no os asuste, o puede que sí.  
Puede que podáis dormir por la noche, o puede que no.  
Pero ahora nada nos aterra. Solo los efectos especiales y los fantasmas.  
Claro, antes no se sabía nada, todo era desconocido para todos.  
Todo daba miedo. Todo.  
El fuego daba miedo.  
La oscuridad.  
La muerte  
o incluso la propia vida.  
Entra en la época de las cavernas y dime, ¿te daría miedo estas historias?*

## EL HORROR PRIMIGENIO

«En la profundidad de la caverna aguarda desde la más remota antigüedad la emoción primeriza, el terror, el peor de ellos, el miedo a uno mismo, EL GRAN HORROR. A no ser libre de los deseos, peligros y dificultades que propone la existencia. Nadie te obliga a vivir, ni te enseña cómo hacerlo».

Fuego camina conmigo, aleja las tinieblas de este desprotegido mundo que habitamos. Rezo para que los demonios no vengan a mi encuentro. Ellos siempre me observan y esperan. Tienen tiempo, todo el tiempo que hay. Yo en cambio aguardo el regreso de mi clan, que lleva noches de cacería y exploración. Afilo mi lanza frotando su punta de piedra con el suelo como me enseñó mi padre. Me esfuerzo por comer y beber lo imprescindible. No quiero decepcionarles.

La brasa se debilita junto a mi espíritu. Soy un mal guardián; se lo digo cuando parten. Mi vista me traiciona, las llamas fatuas me engañan. No sé ni apilar leña. A la vuelta de la caza, mi familia siempre me envía a cortar madera por toda la que he malquemado. Idiota, me llaman. Una piedra tienes por cabeza. Deberíamos abandonarte, no mereces la carne que traemos, afirman y amenazan. No puedo responderles más que con un vergonzoso silencio. Temo a la oscuridad, no puedo permitirle acosarme. Para darme fuerzas, pinto con la flor de lágrima draco pulverizada en los muros. El espíritu de Draco puede entrar atravesando el color y vestir de luz en nuestra cueva. La luz de la fogata crea sombras hipnóticas, no dejo de seguirlas con la mirada.

Oigo un chasquido, pero no parece la señal de regreso. Una voz bronca, fría y distante rebota por la caverna:

—¿Hay espacio alrededor de esas llamas para un extranjero? Estoy solo, evito el frío que se pega a mi alma como el rocío a las hojas de hierba. si pudieras *ofrecierme* un poco de calor y reposo, le daría fluidez a *mi helaaada sangre*.

El extranjero se presenta manteniendo una distancia prudencial, puedo ver su silueta difuminada.

Está solo, no es alto ni fuerte en apariencia y de verdad parece estar necesitado... quizá juntos podamos pasar mejor el tiempo hasta que vuelva mi clan.

—No le puedo dar comida, pero sí compartiré gustoso agua abundante y el calor de la hoguera. Acérquese despacio.

La sombra se deja ver. Oh, dios mío. Un esquelético hombre pálido da unos pasos hacía mi. Está casi desnudo, un tapa-rabos de cuero le cubre el sexo y lleva varios amuletos de dientes y otros huesos colgando del cuello. Diría que es un chamán exiliado.

—No se acerque más. Debe prometer por sus dioses que no está maldito; que ningún veneno acecha su vida y que nada me va ocurrir a mi por compartir el mismo espacio.

—Nada le ocurrirá que no le vaya a suceder de todos modos. Yo no soy peligroso. Le aseguro que si alguien le hace daño, éste, serás tú mismo. Vivo para servir.

Cojo mi lanza con fuerza.

—¿Y a quién sirves?

—¡A mi señora Duusahk Mori, la diosa del látigo negro! Ella me guió hasta aquí y me pidió que te conociera. Ella suele querer la sangre y el dolor de los vivos para su beneplácito, pero no la tuya. Quiero confiarte algo. Primero, me gustaría contarte un relato si tus orejas quieren escuchar.

—¡Eres un asesino! ¡Maldito, atrás!

—No, señor, repito que no causaré el más mínimo daño.

El delgadísimo extraño se acerca un poco más. Puedo ver que tiene varias ataduras en las piernas y brazos. De ellas cuelgan pequeñas maderas afiladas y puntiagudas y otras de piedra igual de amenazantes. También aprecio varias heridas. Sangre de ambos callosos pies y en su brazo derecho lleva enrollada una cuerda negra que jamás había visto. No está hecha de ningún material que conozca. Su aspecto asusta. Me coloco de lado y avanzó la pierna, tenso mis músculos y levanto mi lanza.

—Aún no puedes matarme, cada instante tiene reservado su momento. Traigo un gran presente, solo debes ser paciente, escuchar con atención.

Ese ser misterioso se acerca un poco más y toma asiento en el suelo dejando la hoguera entre él y yo. Ahora puedo ver que también tiene una larga barba blanca como su piel. Sus ojos están medio cerrados y uno de ellos le tiembla constantemente. Tiene una cicatriz en el cuello que aún no terminó de formarse pero ya no sangra. En el peor de los casos, podría matarle sin esfuerzo, no tiene la vitalidad para defenderse. Respiro, me calmo, sea quién sea ya no es un peligro para nadie. Es más, aunque quisiera ayudarle le deben de quedar días de vida.

—Está bien, te escucharé. ¿Agua?

—No, dejé de tomar cuando Mori me abrazó con sus garras y se llevó mi pútrida piel con ellas. Tan solo le pido que me oiga con atención. Estoy aquí porque debe atender la súplica del sufrimiento. El verdadero honor que es tener un único temor... de uno mismo y su debilidad. Todos somos débiles, escoria, nada nos merecemos más que acercarnos al dolor y dejar que nos abrase.

El viejo pone su mano en las llamas y deja que le quemé. Huele parecido a cuando cocinamos conejo, tengo hambre, y este ser tan horrendo no deja de demostrarme que está loco, los dioses lo han condenado.

—Observa mi mano deshaciéndose. Fíjate y verás la mano de Duusahk Mori, que la estrecha suavemente. ¡Mira con atención, el dolor es vida! ¡Estar vivo es sufrimiento!

Un trocito de carne de la mano de ese fanático salpicó en mi labio inferior. Noté un sabor metal cenagoso. Sacó su zarpa carbonizada del fuego con calma, y vi o creí ver como la humareda negra que brotaba de su piel se desligaba de sus tostadas falanges. ¿Qué clase de brujería le permite resistir eso sin ni un solo gesto de dolor? Y ese rostro de confianza plena en sus actos...

—¿Puedes verla? ¿La ves? ¡Señora! Que su gracia apacigüe mi sed de ti.

El desgraciado hombre desenrolló ese látigo negro y empezó a azotar su espalda. Cada latigazo resonaba como si lo diera contra la tierra. Duro como la roca. Algunas gotitas de sangre salpicaron esparciéndose en todas direcciones.

—¡Alabada sea! señora de la sangre heredada, la culpa y lo nimio. Todo por tu perdón, por la gracia de devorar nuestra carne.

El hombre paró y me miró con fijación. Colocó su arma castigadora en el fuego y de él salió un espeso humo gris rosado que ocupó toda la cueva.

—Presenciarás tu mismo la verdadera fe, la única. Venimos a sufrir por Duusahk Mori y nadie escapa.

El hombre paró y me miró con fijación. Colocó su arma castigadora en el fuego y de él salió un espeso humo gris rosado (pero el flagelante no se consumía) que ocupó toda la cueva.

—Presenciarás tu mismo la verdadera fe, la única. Venimos a sufrir por Duusahk Mori y nadie escapa.

## EL SURGIMIENTO DEL LÁTIGO NEGRO

—«Se consumió. El fuego devoró mi aldea, mi familia, todo mi mundo. No me queda nada más que ampollas incurables y ensombrecidos recuerdos. Debí morir con ellos. Debí morir. Soy una alimaña, una hiena, un asqueroso coyote.

Eso había en la mente de un antepasado Pálido Pieldeoso mientras masticaba los restos de lo que fue su hermana menor. En un oasis rico en fruta, bayas y agua dulce de un generoso río vivían dos clanes de pálidos. No les faltaba de nada. Tanto era así que no cazaban, no peleaban ni tampoco discutían. Dejaban correr la vida teniendo relaciones entre ellos y ellas. La primera desavenencia que rompió la paz fue fatal. Las hembras le cortaron el sexo al hombre que tocó a la hija más joven del clan contrario. Se arrepintieron de ese brutal acto cuando las lapidaron. Aquello condujo en una última y salvaje batalla sin supervivientes». Hay más, aunque creo que empiezas a entenderlo (dijo carraspeando su rota voz de anciano).

«El horror de nacer con algo podrido en el cerebro no tiene límite. Todo es dolor hasta que por fin encuentras un lugar donde enterrarlo. Pero no es una cura, solo una transfusión de sangre negruzca.

La siguiente historia cuenta cómo un hombre joven abrió en canal a su progenitora porque creía que así podría acurrucarse de nuevo en el interior de ese cálido refugio que fue su vientre. Su padre enloqueció. Se reía lanzando sus heces a la cara de su hijo, quien lo examinaba con sus ojos vacíos.

Aquel chico empujó a su último familiar de un precipicio y observó la larga caída. Ahí descubrió algo novedoso e impresionable. Los huesos crujen y producen un sonido parecido al de pájaros cuando fabrican sus nidos. Creyó haber aprendido algo importante; una relación que quizá le daría significado, existencia. Robaba huevos para alimentarse, rompía cuellos de codorniz y si nacían los polluelos no le hacía ascos. Adentro. Matando el pío-pío desde el primer tiempo». ¿Te preguntas por qué sé tanto de este joven? Presta atención, no cuestiones, escucha. Mori exige toda tu colaboración para que tu vida tenga algún valor. «Aquel bien alimentado joven creció y con él la podredumbre que yacía en su cerebro. Cada vez olía mejor. Tengo manos que estrangulan, uñas afiladas que desgarran mi piel facial, decía y hacía, pero estoy solo, solo, solo, solo, repetía y sentía.

Un aventurado día, una serpiente de piel clara con algunas manchas negras se enrolló en su pierna y él decidió no matarla. El reptil encontró en esa extremidad un vehículo caliente que la sacaría de aquel pantano yermo donde malvivía. El chico apreció en esas frías escamas la compañía ansiada.».

El guardia del refugio estaba horrorizado y completamente sucumbido a la narrativa terrorífica de aquel hombre demacrado. No podía pensar y sus manos se agarrotaron manteniendo la lanza en alto, preparado para acabar con quien podría tratarse de un demonio de carne y hueso que tanto temía. Alguna fuerza más allá de la lógica de la supervivencia le impedía poner punto y final a aquel relato macabro. Cuanto más escuchaba, más pequeña se hacía la cueva, estrechándose el espacio entre él y el extraño. El aire se viciaba y ennegrecía. Seguía escuchando.

—«Compartieron la vereda buscando vida que pudiesen devorar. Se fue y regresó el sol decenas de veces sin suerte; abandonados por los dioses. El hambre, siempre fuerte, creció tanto que poseyó la frágil conciencia del reptador.



Me atacó. Atacó aquel joven desheredado e inyectó algo en sus venas. Fue una batalla rápida. La serpiente perdió y recibió cientos de golpes con una pesada roca.

Quedó una pasta rojiza y negra homogénea de tripas y piel en el suelo. El chico observó que solo había una parte de lo que fue su compañera que no estaba aplastada. Su colmillo. Lo depositó encima de su arma homicida y se comió su antigua compañera hecha papilla. Qué extraño destino para quien fue su única amistad». ¿Por qué los dioses nos abandonaron cuando por fin dejamos la soledad atrás?,« se preguntaba el todavía joven hombre. Tomó el suelo de asiento y observaba el recuerdo de su compañía. Recordaba melancólicamente rebanar el cuello de mamíferos herbívoros de la zona y ver como su compañera reptil se lanzaba a tragarse el animal entero. Rememoraba cortar por la mitad a las cazas para reclamar su parte y dejar que devorara el resto la serpiente negra.

Lo vigilaba con fijación, el incisivo, aún brillante del esmalte; empezó a ver algo reflejado en él, en ese pequeño diente afilado, imágenes proféticas venidas de otros mundos. La noche llegó y él seguía en el mismo lugar, esperando. De un pestañeo cogió el incisivo y se lo tragó. Se dejó caer de espaldas y permitió a su mente divagar en las nubes. Como delante de un espejo, el joven se observa. Su amiga bífida está enrollada a su pierna pero ahora es completamente azabache.

Conversa: Al fin compartimos cuerpo. Somos uno. Tu carne es fuerte, oscura, sufrida.» (El viejo decrepito marca un silencio y mira a los ojos al cavernícola) Estás conectado y tus oídos dejan de ser sordos. Oyes la verdadera melodía. Duusakh Mori reclama tu sangre. ¡Despierta! ¡Sufre! ¡Despelleja!

El joven guardia se abalanza atravesando la hoguera y clava su lanza del abdomen al corazón del narrador.

—Odia. Rabia. Devórate—dijo alguien.

El sol regresa y cuando ya está cayendo entra un feliz grupo abastecido de buena caza; en apenas un vistazo sus cuerpos tocan el suelo. Sus espaldas quedan en carne viva. La pintura de origen animal impregna toda la cueva que ya no es un

refugio sino una guarida del dolor y flagelamiento. El joven discípulo está conectado y puede oír. También ver. Recibe una orden muy clara:

*¡Hermandad, templo, expansión!*

@OM\_DUART

# EL RÍO-GRANDE

## *[El olor]*

Sintió por primera vez el olor del mar cuando el dientes-de-sable cayó muerto a sus pies. Lo notó distinguirse y sobreponerse a las sangres, agreste del animal, más terrosa la suya propia. Era un olor ausente de su memoria, ajeno a cuanto había olfateado antes.

Asustada, tiró el hacha húmeda y se alejó dos pasos aún, jadeando, del cadáver del felino. Allí se dejó caer al suelo, de espaldas. No se preguntó si el viaje que había emprendido hacia el Sur en busca de alguno de los suyos tenía sentido. No pensó que muchas bestias como aquella podían derrotarla antes de alcanzar su objetivo. No pensó en los frentes-altas. Se dejó parasitar por aquel olor que, sin duda, era un mal presagio. Las heridas que acababa de sufrir, tan graves, le impedirían atraer a los machos en caso de encontrarlos.

## *[La plegaria]*

Funcionaba por instinto, por impulso del estómago y de la soledad, pero por encima de eso actuaba a golpe de superstición. Convocó con un murmullo gutural a los ancestros para dar gracias por haber sobrevivido al dientes-de-sable. Recordó en su plegaria cada uno de los clanes desaparecidos, cada montaña de hielo del Norte. Pidió por el espíritu del último de los suyos, que se ahogó cruzando un río, para que consiguiera unirse a los ancestros en el más allá. Pidió también ser guiada en su huida de los frentes-altas. Solo entonces se incorporó y comenzó, sin hacer ruido, a desollar al animal.

## *[Las heridas]*

Consiguió reponerse de las heridas cinco días después. Había sido trabajoso: encontrar una corriente en la que lavarlas, evitar que se pusieran feas, buscar raíces, frutos e insectos que comer, resistirse a la llamada repulsiva del olor. Notaba como atrofiaba su olfato. Necesitaba saber qué lo producía.

Llevaba bastante carga cuando por fin se puso en marcha, como tantas otras veces, y las aves burbujearon a su alrededor, entre las ramas. Lo único que echaba de menos en sus provisiones era el ascua encendida, su único medio de conseguir fuego: se había apagado en el río con el último de los suyos. De cuando en cuando alzaba el hocico y olisqueaba tratando de orientarse, de anticipar algún peligro, pero solo olía el olor. Sus piernas ya no eran las de antes. En el muslo derecho el desgarró había sido salvaje y cojeaba. Aún así, caminaba con potencia, atenta a los signos, persiguiendo el olor.

### *[El bramido]*

No había alcanzado el sol el mediodía cuando escuchó el bramido. Sonaba como el viento entre los árboles, pero distinto. A veces las manadas de grandes bestias emitían estruendos similares en la lejanía, pensó justo antes de desechar la idea. Se mantuvo alerta, porque su oído era incapaz de escuchar otra cosa.

Tampoco tenía que ver con los ruidos estridentes de los frentes-altas. Era fácil huir de ellos, a contraviento, por sus continuas risas y peleas. Pero no si te acechaban. Cuando iban a por ti, tembló, no había nada que hacer.

Las aves, no obstante, seguían acompañándola en señal de buen augurio. El bramido poseía un ritmo tenue. Se relajó de nuevo. No se sentía excesivamente cansada, solo excitada por lo desconocido. Continuó su camino con la habitual cautela. El olor se había solapado al ruido y actuaban como un único reclamo que le picaba la curiosidad tanto como amilanaba sus sentidos. Por un momento la ansiedad le jugó de nuevo otra mala pasada y pensó que, de algún modo

mágico, podría tratarse del sonido de los suyos. El miedo que sintió entonces fue miedo al rechazo.

*[El río-grande]*

Lo divisó al alcanzar la parte más alta de una colina: un desierto ondulante de color azul y verde, con luces blancas brillantes que aparecían y se extinguían, agitado de surcos en movimiento. Aquella llanura era la fuente del olor y el bramido y, sin embargo, no advirtió hasta más tarde que la planicie inaudita estaba hecha de agua.

Aunque el sol lucía aún alto se detuvo a descargar. Más ligera, se acercó al borde. Caviló que el mar no era sino un río muy ancho, un río-grande al que entre la bruma se le lograban divisar las montañas de la otra orilla. El estruendo había aumentado y el ritmo reveló su cadencia. Lo mismo ocurrió con el olor, mucho más penetrante, que ya nunca la abandonaría. Fue a beber, como hubiera hecho en cualquier otra situación, estremando la cautela, pero escupió nada más notar el sabor a salitre. El agua estaba podrida, tal vez ni siquiera fuese agua. Miró al frente y sopesó cómo cruzar aquel obstáculo imposible. Quizás los suyos hubieran encontrado el modo de alcanzar las montañas al otro lado.

En busca de un vado, probó primero a orillararlo. Cuando se cansó de ir hacia Poniente, volvió sobre sus pasos. Continuó en el otro sentido con idéntico resultado hasta alcanzar una gran mole de roca desnuda sobre el mar y sintió que había llegado al paraje que, con el tiempo, llamaría hogar. Los moluscos que encontró allí no se parecían a los que se cosechaban de mañana al hacer noche junto a otros ríos. Acostumbrada a sabores pésimos, los encontró agradables.

Cuando reunió el valor suficiente, se adentró en el río-grande para intentar cruzarlo a nado, pero las aguas podridas no seguían una dirección, sino que se

movían con el viento. Nada podía existir tan anárquico. Por más que nadaba, las montañas parecían estar siempre igual de lejos.

Al regresar a la orilla, exhausta, observó que el agua abrazaba la tierra, no al revés y que aquello, definitivamente, no era un río. Y si no era un río, no se podría cruzar.

### *[El fin del mundo]*

Cerca de un riacho que desembocaba en el río-grande, se veía la mole de roca desnuda. Si remontaba el riacho lo suficiente, el agua ya no estaba podrida. Había llegado al fin del mundo.

Se instaló. Se acostumbró al olor y al ruido, a la merma de los sentidos. Con algo de práctica logró pescar algún pez grande que se acercaba a sus pies si estaba quieta un buen rato en la playa. Lo primero que echó de menos a diario fue el fuego, no ya para cocinar la pesca, sino para endurecer la punta de sus lanzas, que solían troncharse contra las rocas escondidas en el cieno. Bien mirado tampoco importaba porque tenía todo el tiempo del mundo para tallar lanzas nuevas. Las afilaba a conciencia, segura de que, si ella había llegado hasta allí, los frentes-altas también llegarían.

Además de la pesca se comía lo de siempre: raíces escarbadadas, frutos de temporada, insectos. Incorporó a su dieta navajas, berberechos y otros animales de concha. A pesar de la abundancia, se sintió abandonada a cada instante. Despertaba a menudo antes del alba sobresaltada de sueños en que los frentes-altas la sacrificaban abriéndole el abdomen con una piedra inconcebiblemente afilada, para aplacar a sus malos espíritus.

*[El más allá]*

Vivió un tiempo sin sobresaltos en aquel pantano de aguas putrefactas en el que acababan todas las cosas buenas que conocía, las madrugadas muerta de miedo y los días oliendo a salitre, hasta que se supo muy vieja y muy cansada. Su pierna derecha nunca volvió a ser la misma desde lo del dientes-de-sable. ¿Qué iban a pensar de ella los machos cuando los encontrara? ¿Cómo iba a interesarles una tullida por más que fuese la última neanderthal?

A lo lejos, en la otra ribera, persistían las montañas, traslúcidas, intermitentes. Si ella se encontraba al final de todo, la orilla opuesta debía ser el más allá.

*[Los frentes-altas]*

Como había predicho, una tarde se escucharon, cercanas e inequívocas, las continuas risas y peleas de un grupo de frentes-altas. Se empezaron a ver resplandores de al menos dos fuegos conforme anochecía. Calculó que eran unos veinte. No la iban a mandar con los ancestros sin derramar sangre.

Elevó una rápida plegaria, cogió sus mejores lanzas y se acercó a ellos a favor del viento, sin miedo, bajo la protección del olor y el bramido del río-grande.

RAÚL CAMPOS  
@MONSIEURVOLLARD

# ESTAFIA

## *UNA EGOAVENTURA DE XIMI*

El autor intentaba demostrar su valía como escritor después de no lograrlo en el resto de disciplinas por las que se había interesado a lo largo de su vida, así que se interesó enseguida por la convocatoria de relatos de terror prehistórico para una antología que se distribuiría online y de forma gratuita.

Durante semanas se devanó los sesos pensando en cómo podía abordar un género que no conocía más que como mero espectador ambientado en un contexto del que no tenía ni idea. Se sentía perdido, desorientado. La nueva medicación y el abuso de benzodiazepinas no le ayudaban en su crisis creativa, así que optó por lo que optaba siempre: dar una voltereta para hacer lo opuesto de lo que se esperaba de él. Al fin y al cabo, la espontaneidad y la rebeldía eran las únicas armas que había aprendido a amortizar durante su larga carrera como artista multidisciplinar.

“Prehistoria”, escribió en un chat de Telegram que tenía consigo mismo, “dos puntos”. Realmente no tenía ni idea del tema sobre el que se había propuesto hablar. Si hubiera tenido conocimientos sobre el asunto o si hubiera desarrollado en algún momento las habilidades para firmar un buen texto de género se hubiera puesto a escribir sin más en lugar de empezar a pensar en las implicaciones de cada parte de su cometido.

“La prehistoria es el segmento de tiempo previo a la invención de la expresión escrita”, pensó de oídas, “así que escribir una historia prehistórica sería paradójico, si no imposible”. Empezaba a encontrar nuevos problemas. No tenemos registros de esa época que, además abarca un momento no histórico que tiende al infinito, aunque sea hacia atrás, así que decidió acotar un poco y se acordó de las pinturas rupestres. “¡Eso es arte secuencial!”, exclamó en voz alta, pese a estar completamente solo.

Si durante lo que hoy consideramos prehistoria existía la narrativa y la expresión relatada, es evidente que hay ciertos períodos de tiempo que no



deberían ser considerados como tal. Ese fue el razonamiento que le llevó a deshacerse de la idea de escribir un relato sobre trogloditas. “Mejor”, pensó, “no sabemos apenas nada de esas comunidades, mucho menos lo que les...”, hizo una pausa mental y así se lo hizo saber a sí mismo: “Espera un momento, ¿tengo que escribir una historia de terror ambientada en la prehistoria o una historia de genuino terror prehistórico?”, se preguntó.

Y no le faltaba razón, eran dos cosas muy distintas. La primera era una opción fácil, simplemente tenía que trasladar una estructura clásica de relato de terror a esa época y rellenar los huecos, pero si tenía que averiguar qué era lo que causaba terror en aquel entonces, la cosa se complicaba, y más teniendo en cuenta que acababa de decidir que la prehistoria terminaba mucho antes de la existencia de colectivos organizados de homínidos autoconscientes.

La hoja de Word en blanco parecía expandirse ante sus ojos, el cursor parpadeante era un recordatorio del tiempo que estaba desperdiciando sin saber qué hacer, así que hizo lo único que se le ocurrió: Se tomó el quinto Lorazepam del día y empezó a escribir este texto que estás leyendo.

“El tiempo”, susurró. Esa parecía ser la clave de todo. La clave para ubicar su historia en un contexto u otro, la clave para hacerlo de forma eficiente y la clave para tenerlo antes de la fecha límite y no haberlo desperdiciado. “Pero el tiempo no existe”, le dijo una voz que resultó ser la suya, “el tiempo es un constructo, una herramienta humana útil para calcular lo que percibimos como la duración de los distintos ciclos, pero no es más que eso, ubicar una historia en un periodo de tiempo determinado no es más que intentar engañar al universo y fracasar inevitablemente”.

Sintió un escalofrío que le recorrió toda la espalda, de abajo hasta la nuca, bien parecía que su cuerpo intentara autodesfibrilarse. Creía que tenía razón. “Mierda”, pensó, y abandonó el teclado convencido de que jamás llegaría a escribir este relato.

Se sentó en su cama, se lió un porro y se lo fumó tal y como había hecho un millón de veces y se quedó mirando la lista de proyectos pendientes que él

mismo había escrito en su armario durante lo que le parecieron horas y resultaron ser minutos, en cuanto comprobó el reloj. No era la primera vez que le pasaba, claro, pero con todo este tema rondándole la cabeza el asunto adquirió una entidad especial. El puto tiempo se estaba plegando sobre él y podía notarlo.

Tal y como había advertido mil veces con mil cuestiones distintas, el autor concluyó que el tiempo, al igual que la moral, la economía, el género o la familia no eran más que prisiones ficticias a las que había sido sometido sin apenas darse cuenta y que, de algún modo, debían ser abolidas. Así que se puso manos a la obra: lió otro porro, se lo encendió, se tomó otro benzo y se quedó dormido. Y soñó.

Soñó una oscuridad. Una oscuridad muy concreta que colmaba un espacio que ni siquiera estaba seguro de que existiera, concentrado en un único punto que se extendía hasta más allá de los límites de cualquier comprensión, al no existir puntos de referencia visibles. Soñó esa oscuridad durante lo que le parecieron eones, y siguió soñando hasta que empezó a soñar violencia.

La explosión hizo que su biocuerpo dormido sufriera un espasmo que hizo temblar la cama y, de repente, se vio inmerso en un mar de luz infinita que apenas podía distinguir de la oscuridad y, pese a no poder observar espacio alguno, pese a no sentir más que vacío tanto a su alrededor como dentro de él, sentía que de algún modo se movía. Viajaba rápido, tan rápido como la propia luz que lo impulsaba, sabía que no se dirigía a ningún lugar puesto que las direcciones no podían existir bajo esas condiciones. Ni el destino. Ni la trayectoria.

Eones de carrera por ningún sitio, en aquel único lugar de la existencia, si es que existía, para comprobar, de forma repentina, que no sólo existía materia sino que él estaba formado por ella, al colisionar contra una superficie incandescente que quemó, en el cráter que había formado al chocar, cada parte de su entidad durante siempre.

Hasta que se enfrió.

Moró inmóvil aquella superficie, primero incandescente, más tarde cálida y ahora fría y rocosa durante el tiempo suficiente como para que los gases provenientes de los elementos, otrora incandescentes, que lo rodeaban formarán una esfera alrededor del cuerpo rocoso contra el que había ido a chocar y, entonces, una vez condensados suficientes vapores en ese techo de gas que ahora lo contemplaba, empezó a llover. Y llovió. Llovió tanto que el autor, tras una eternidad notando los finos proyectiles líquidos, punzantes como alfileres, que erosionaban tanto la superficie como su masa, creyó ser lluvia también.

El autor logró discriminar entre sensaciones y advirtió que, aparte del agua que caía, también se estaba empezando a acumular bajo su forma, aumentando su nivel progresivamente, amenazando con cubrir por completo su cuerpo. Y así fue. Al final. Pasado lo que le parecieron mil vidas que, comparadas con el resto de su vivencia hasta ahora no duraron más que un instante, la materia que lo formaba estuvo completamente cubierta de agua y sintió miedo por primera vez. Sintió una presión creciente que lo aplastaba contra el suelo, que ahora era el fondo del gran océano que crecía sobre él. Y no tuvo más alternativa que esperar.

No podía hacer otra cosa, el autor esperó en el fondo de su cráter, quieto, silencioso, magullado por el impacto, erosionado por la lluvia y ahora anegado, aplastado, aprisionado en una cárcel infinita de oscuridad líquida, y sintió miedo por primera vez, y lo sintió durante más tiempo del que recordaba haber sentido cualquier otra cosa.

Intentó gritar, patalear, pedir ayuda, pero no tenía boca ni extremidades, intentó nadar hacia la superficie, si es que todavía existía tal cosa, pero no tenía músculos ni albergaba energía alguna para hacerlos funcionar. Ni siquiera sentía ya nada a su alrededor, sólo terror, hasta que entró en una especie de letargo.

No está claro cuánto tiempo permaneció inmóvil y pasivo el autor en el cráter al fondo del océano, lo que sí sabemos es que despertó al notar una corriente a su alrededor. Dos corrientes. Tres. Cien. Multitud de corrientes distintas a su alrededor. Asustado, abrió los ojos.

Ahora tenía ojos, así que pudo distinguir por primera vez la luz de la oscuridad, sufriendo la inevitable agonía que implicaba identificar y diferenciar por primera vez ambos conceptos mediante el impacto de las partículas lumínicas en los nuevos receptores de su cuerpo y el dolor en la base de sus pensamientos que ello representaba, y no sólo distinguía la luz de la oscuridad, también podía observar y distinguir los diferentes tonos entre ambos valores absolutos, lo cual le dio la oportunidad de mirar a su alrededor y ver, por primera vez, el lugar que habitaba desde lo que ya le parecía el principio del tiempo.

Habiendo experimentado, a lo largo de la existencia que arrastraba, simplemente luz u oscuridad, movimiento o quietud, presión o vacío, dolor o nada, el descubrir la existencia de un espectro que iba más allá de los simples valores binarios que hasta ahora le habían ayudado a distinguir unos contextos de otros le trajo, por primera vez, algo de esperanza. Pero esa sensación de tranquilidad terminó en cuanto recordó, mucho después de abrir por primera vez sus ya viejos ojos, el motivo por el cual los había abierto en primer lugar.

Inspeccionó la zona. El cráter se extendía prácticamente hasta dónde alcanzaba su vista, observó cada rincón de la roca que había sido su hogar, reconociendo cada pequeño recoveco y recordando con exactitud qué gota de lluvia ayudó en la formación de cada accidente geográfico que pudo percibir. Y entonces fue cuando las vio.

Formas indeterminadas, iluminadas por los haces de luz que parecían provenir de más allá del techo de su océano, bailaban ante sus ojos como si tuvieran voluntad propia y, de esa danza primordial, nacían corrientes que hacían bailar todo a su alrededor. El autor juzgó que no corría peligro alguno y, en cualquier caso, el peligro no iba a privarlo de su curiosidad, así que observó bailar a esas pequeñas formas hasta que advirtió, de forma progresiva, como se unían entre ellas y crecían, se expandían y complicaban su configuración hasta formar entidades autónomas que parecían albergar algo parecido a la voluntad.

Y entonces la sintió de nuevo. Violencia. Esta vez no hacia él, la observó como mero espectador en cuanto advirtió que esas pequeñas entidades estaban

devorándose entre ellas, de algún modo, su danza había evolucionado hasta el punto de convertirse en lo que percibió como una batalla campal por la supervivencia y la adaptación. Vio como esas formas crecían, se multiplicaban y se aniquilaban entre ellas en un baño de sangre subacuático que pronto lo rodeó por completo. Y pudo ver cómo otras entidades acudían a alimentarse de esa sangre. Y vio como cambiaban, se adaptaban, se armaban de forma progresiva para volverse más eficientes en la destrucción del resto. Vio como desarrollaban aletas para impulsarse, dientes para dañar al adversario, sistemas de procesamiento de proteínas para crecer, fortalecerse, cadenas de información albergadas en su interior que pasaban de generación en generación destinadas a facilitar estas mejoras. Vio como estas entidades se empezaban a distinguir unas de otras formando grupos heterogéneos, algunos nacidos para matar, otros nacidos para protegerse, todos nacidos con el impulso irrefrenable de alimentarse y multiplicarse.

Las corrientes producidas por la danza de esas formas de vida pronto se convirtieron en testimonios del horror que suponía existir en ese cráter, y el autor sintió, por primera vez, nostalgia de momentos anteriores en los que no tenía que observar como prácticamente todo lo que lo rodeaba intentaba asesinarlo a sí mismo como conjunto. Y sintió presión. No la misma presión que llevaba eones sintiendo, debido al peso del agua que se había convertido en su hábitat, sintió una presión que no había sentido nunca proveniente de su interior. ¿Tenía interior ahora? Esa presión vino acompañada de una sensación de pánico, de una necesidad muy indeterminada, de falta de aire. Espera, ¿aire? Se estaba ahogando y, de pronto, se sorprendió a sí mismo luchando por huir de ese cráter del que había llegado a creer que formaba parte. Forcejeó con todo lo que lo formaba, con todas sus fuerzas, se impulsó con su propia voluntad hasta que se desprendió del centro del cráter y empezó a flotar hacia arriba.

Durante el trayecto notó como la luz se hacía cada vez más intensa, le quemaba los ojos, todo se aclaraba a su alrededor y pudo reconocer a algunas de las criaturas que había visto hace tiempo, en los albores de esa danza que presencié con tanto gusto hasta que se convirtió en una carnicería, pero no eran iguales,

habían crecido, cambiado, viajaban hacia arriba con un propósito indeterminado mientras continuaban con la matanza, creciendo, cambiando, diversificándose. Y así, a las puertas de la inconsciencia debido a la falta de aire en sus pulmones (¿pulmones?), llegó a la superficie. Por primera vez, desde el principio de su viaje, sintió como la luz lo bañaba. No era una luz pura como la que sintió hace tanto, pero él tampoco era el mismo y, cuando la corriente lo arrastró hasta una orilla, sintió como esa luz lo abrasaba hasta prácticamente carbonizarlo.

Y, de repente. Oscuridad. El frío recorrió su cuerpo maltrecho y, aunque agradeció la humedad y la brisa que trajo la noche consigo, tembló y desesperó hasta que, de nuevo, brilló la luz. Y así fue sucediendo este absurdo ciclo hasta que la recién descubierta piel del autor dolió tanto que no tuvo más remedio que intentar arrastrarse hacia el interior de esa nueva superficie en la que se encontraba, y así, poco a poco, con el máximo esfuerzo que le permitía su voluntad, la entidad se arrastró con lo que parecían unas pequeñas protuberancias que le crecían progresivamente por el cuerpo, mientras el ciclo solar no cesaba, quemándolo durante el día y helándolo durante la noche en lo que pareció una travesía eterna hasta adentrarse en la espesura de un bosque que, al parecer, había logrado arraigar en esa roca contra la que impactó hace tantísimos años. Y sintió la hierba bajo su cuerpo y sintió cómo las hojas de los árboles lo protegían de la luz abrasadora del sol y, por primera vez en muchos ciclos, se sintió a gusto, cómodo, en casa.

La sensación no duró mucho; pronto advirtió que otras criaturas habían emprendido el mismo viaje que él y ya lo habían alcanzado y, no satisfechas con estar en el pequeño paraíso que el autor había encontrado y estaba dispuesto a compartir sin condiciones, empezaron a devorar su cuerpo inmóvil. El dolor constante provocado por las mandíbulas cada vez más fuertes de las criaturas que ya habían declarado ese paraje como propio lo llevó a desplazarse de nuevo. Con sus extremidades formadas durante su travesía por la playa pudo incorporarse y, a cuatro patas, adentrarse en el continente.

Y anduvo. Anduvo tanto que tuvo que imaginar cuánto había andado para poder pensar en ello, añoró la vida sin puntos de referencia en el espacio, sin ciclos de

luz y oscuridad, sin cansancio, sin mayor peligro que su propia incomprensión e ignorancia. La adaptación al nuevo medio le proporcionó nuevas habilidades, como la de distinguir entre frecuencias lumínicas para así poder detectar distintos colores que le facilitaban identificar peligros y así, paso a paso, se abrió camino entre el bosque, evitando depredadores durante el día y buscando cobijo durante la noche.

No podemos saber cuánto tiempo anduvo el autor, sólo que cada vez le resultaba más fácil. El fortalecimiento de sus extremidades lo habían llevado a erguirse, permitiéndole usar sus extremidades delanteras para abrirse camino entre la maleza, defenderse de los depredadores y saciar su curiosidad mediante el tacto y la experimentación con los distintos materiales que iba descubriendo a su paso, hasta que ya no pudo andar más.

El autor se encontró con un gran muro de roca que le impedía el paso y que parecía extenderse hasta más allá de dónde alcanzaba su vista, así que decidió trepar. Y trepó, trepó durante el día y buscó cobijo entre las grietas de la montaña durante la noche, y así lo hizo durante lo que identificó como distintas épocas con sus propias peculiaridades climáticas, conociendo el dolor de la piedra ardiente y la piel de su espalda quemada cuando el sol estaba más cerca y los temblores y pinchazos del frío en las épocas en las que el sol era visible durante menos tiempo. También conoció nuevos miedos; el miedo a caer desde gran altura y sentir de nuevo un impacto contra la fría roca a la que se había visto condenado durante tanto tiempo, el miedo a las criaturas voladoras, que habían crecido y mutado lo suficiente como para poder elevarse por encima de las copas de los árboles y ahora también intentaban devorarlo durante su escalada y el miedo a que el gran muro de roca no terminará jamás y se viera condenado a escalar para siempre. Pero aún así, finalmente, llegó a la cima.

Una vez alcanzó la cumbre del gran muro de roca pudo incorporarse y mirar a su alrededor. Dirigió su vista hacia el lugar de dónde venía. La altura le permitió ver la base de la gran montaña que había escalado, el espeso bosque que había atravesado, la gran playa de roca por la que se había arrastrado, el océano por el que había flotado y la forma oscura que ocupaba gran parte de ese océano que,

dedujo, era el cráter en el que impactó al principio de todo. Vio a las criaturas que había logrado esquivar y también a las que se habían alimentado de su cuerpo. Hinchado de orgullo por su hazaña, el autor se sintió invencible y decidió seguir observando de forma retroactiva las distintas etapas del trayecto que lo habían traído hasta este punto. Y así miró al cielo y la luz del sol lo cegó, haciendo que se tambaleara y diera un paso en falso hacia atrás, precipitándose al vacío por un gran agujero que había en la cima de esa montaña y que no había visto por prestar más atención al camino recorrido que al que le quedaba por recorrer, impactando contra cientos de rocas negras y punzantes en el transcurso de su descenso, hasta que notó como una masa semisólida de piedra incandescente y fundida quemaba su espalda. Conocía esa sensación, la había sentido mucho antes, cuando sólo era una consciencia en un agujero en medio de una gran roca en llamas. Y abrazó ese dolor. Y pudo volver a ver la oscuridad durante un instante.

El autor se despertó de un sobresalto. El porro que se había encendido justo antes de quedarse dormido se le había caído de la boca, había quemado y agujereado ya su camiseta y estaba empezando a quemar su pecho. Asustado y todavía semiinconsciente se sacudió. “Mierda”, dijo, “mi camiseta favorita”. No era su camiseta favorita, pero creía que la estupidez de quedarse dormido con un artefacto incandescente sujeto sólo por sus labios bien merecía una pequeña hipérbole para sentirse aún peor al respecto e ignorar el hecho de que toda la vivencia traumática, dolorosa y eterna que recordaba de forma cristalina y de la que sentía tener heridas que jamás curarían del todo había transcurrido en tan solo unos segundos.

Se incorporó. Respiró hondo. Rescató el porro que había lanzado al suelo por impulso, se lo volvió a encender y volvió a sentarse ante el ordenador dispuesto a terminar este relato. El cursor seguía parpadeando, la hoja blanca de Word seguía expandiéndose ante él. Apuró el canuto. Respiró hondo. Cerró sesión y musitó “el tiempo es una estafa”.



## -LA SOMBRA-

Despertó con el sonido atronador de los tambores, que se alzaban en la noche invocando su nombre. Se sacudió el musgo, las telarañas, las raíces que habían comenzado a enredarse entre los dedos de sus pies descalzos, y elevó el rostro hacia la luna. Era roja como la sangre: teñía de carmesí las copas de las pináceas, aquella nieve sucia que se posaba en silencio sobre la maraña de cabellos cuyo color no se podía ya descifrar. El frío hizo que se estremeciera por costumbre, poco más que una respuesta aprendida de la que su cuerpo no había sido capaz de desprenderse todavía. Ya no faltaba mucho. Cerró los ojos, aspirando el aroma a humedad, el humo familiar de las hogueras que un día habían constituido un refugio. El bosque arrastraba el perfume de la sangre, entrelazado con los cánticos que pretendían enredarla con su embrujo. Vaugh Gaheena. La Sombra. Y en eso se había convertido.

Era una mancha oscura que se escurría sobre las paredes de la caverna, danzando al son que le dictaban las llamas. Era el eco de un aliento escapando entre los labios del cazador al que el gran ciervo había atrapado bajo el peso de sus patas, crepitando, y latía al ritmo de un corazón que se apagaba. Era el hambre terrible que se llevaba el espíritu de los niños cuando el invierno se hacía tan crudo que sus lanzas no podían romper el hielo. Era la desesperanza agazapada en los ojos del anciano, sabedor de que al día siguiente no podría continuar su camino, de que sus manos deformadas por los años no serían capaces de sostener un arco.

Pero antes de fundirse con el corazón del bosque había sido algo mucho más pequeño. Había sido un cuerpo nervioso, de sangre ardiente, de mente curiosa. Había aprendido a manejar el cuchillo como una prolongación de su brazo. Había corrido entre la hierba alta del sur, con el sol castigando su espalda y los músculos de las piernas rabiosos de dolor, para atrapar a la manada de caballos salvajes. Había bebido el zumo de las moras fermentadas, se había pintado el cuerpo con los barro rituales. Había vivido, había gozado, había respirado. Y, en el fondo de su mente anegada de tinieblas, a veces brillaba esa chispa de

cordura, iluminando los sueños que custodiaba la luna roja. Vaugh Gaheena. La estaban esperando.

Se puso en marcha; sus huesos chasquearon por el desuso y, por un momento, pareció que su cuerpo se oponía al movimiento. Poco a poco se fue desentumiendo: lo que había comenzado como un vagar errático pronto se convirtió en un frenesí, en una carrera obsesiva hacia lo que su ansia enfermiza denominaba “lo vivo”. Aquella cosa, lo que fuera que todavía sustentaba sus miembros rotos y su piel encogida por el tiempo, fluía por sus venas reseca para impulsar cada parte de ella colmándola de furia. Y compartía el anhelo de su hambre, el dolor que corroía su espíritu, como si un rayo la mordiera en cada movimiento. Sabía lo que tenía que hacer para que el sufrimiento terminara. Vaugh Gaheena. Los tambores estaban tan cerca que, si todavía hubiera tenido corazón, habría acompasado con ellos sus latidos.

A veces se arrepentía de haber desoído el consejo de los chamanes; el bosque la había llamado en sueños desde el día en que su cuerpo comenzó a sangrar con la luna. Al principio se trataba de pesadillas, confusas, inquietantes, pero con el tiempo había llegado a alcanzar paz en su silencio. En las noches, arrebujada entre las pieles, suplicaba para que las estrellas arrastraran su espíritu hasta allí. Ella sabía que había algo escondido en la espesura: algo antiguo como la tierra que pisaba, como el aire que respiraba. Y, sin embargo, no le tenía miedo. Así que no comprendió el horror en los ojos de su madre cuando expresó su deseo de internarse más allá de la frontera. No entendió que la retuvieran por la fuerza, atada a un poste, mientras la envolvían con los humos de las plantas que habían de desterrar a los demonios anidados en su cuerpo. Al final, solo la muerte podría haberla disuadido de su febril enamoramiento, y nadie en la tribu había estado dispuesto a cargar su conciencia con el peso de su salvación.

Vaugh Gaheena. La locura había llenado sus días mientras moraba entre los troncos sin luz, sin el calor del fuego. Había escuchado la muerte en el susurro de los pájaros y había visto el destino del mundo en el ir y venir de las agujas

arrastradas por el viento. Se había alimentado del moho de la corteza de los árboles y había bebido el agua estancada en las rocas, masticando nieve, desprendiéndose de su humanidad prenda a prenda, hasta que su piel se llenó de llagas por el frío, por los sarpullidos que no podía dejar de rascarse una y otra vez, supurantes y llenos de moscas. Al final, como sus sueños le habían prometido, terminó por encontrar lo que dormía en el bosque. Y en ese instante, efímero pero infinito, comprendió que su existencia estaba completa. Que el dolor solo era la senda que tenía que recorrer para llegar hasta el fin de los tiempos. Y que debía entregar su carne para alcanzar un destino superior.

Los contornos de las tiendas aparecieron una vez dejó la linde atrás, recortados por la luz cálida que castigaba sus pupilas empañadas. No podía adentrarse en el círculo del poblado; las leyes antiguas le prohibían traspasar las piedras sagradas y caminar entre aquellos que un día la habían amado. Vaugh Gaheena se arrastró a su alrededor, salivando, con el cerebro retorcido por la música gutural que anulaba su razón. Si quedaba algo de humano en ella, desaparecía a una velocidad vertiginosa en el repiqueteo de las pieles tensadas, en las voces que se habían unido a su llamada. Deambuló, apretando sus dientes astillados, clavando las uñas rotas en la tierra. Habían dibujado un camino de cenizas que sus pasos estaban obligados a obedecer. Y habían tenido que inventar un nombre para la criatura, pues jamás había existido otra igual en ese mundo núbil.

La recibieron a ciegas, pues pocos eran capaces de soportar el horror de contemplarla. Además, la anciana hechicera afirmaba que cruzar la mirada con Vaugh Gaheena le daba derecho a arrancarte la vida. Por eso, todos se vendaban los ojos para resistir la tentación, confiando en que la vieja se las apañaría para bregar con el monstruo que alimentaba sus pesadillas cada vez que la luna se teñía de escarlata. Sólo la hechicera y la ofrenda tenían el privilegio de estudiar al cuerpo inerte que avanzaba hacia el altar, el bamboleo espasmódico de sus brazos, el espinazo retorcido en una postura imposible que dejaba al aire las vértebras pálidas. La mujer estaba lo suficientemente loca para soportar aquella

visión; apenas recordaba sus días, apenas sabía su nombre, y solo esa condición le permitía sostener esos ojos vacíos, anegados de tinieblas, sin vaciarse las cuencas con sus propios dedos. La ofrenda, por el contrario, había gritado hasta que los tambores acallaron su llanto.

Vaugh Gaheena se inclinó sobre el cazador arrastrando con ella el hedor de la muerte. Era el más rápido, el más fuerte, el más hermoso de todos los hijos de la aldea. Lleno de vida. Rezumando orgullo. Ahora solo quedaba miedo destilado en cada gota de sudor que surcaba su pecho abierto. La máquina perfecta de su anatomía, diseñada al milímetro para garantizar la supervivencia, se retorció contra las cuerdas que le quemaban las muñecas y los tobillos para sostenerlo totalmente extendido, indefenso como nunca lo había estado desde que era un niño de teta. Le habían elegido por ser el mejor, y en el honor solo había terror, un final abrupto, convertido en carnaza para aplacar al depredador más peligroso de todos cuanto el hombre había llegado a enfrentar. Ebrio, colmado de caricias y atenciones, no había advertido el peligro hasta que la música había quebrado la noche. Entonces, la vieja había sacado sus largas agujas y le había dibujado en la piel el conjuro para llamar a la bestia. Y ahora ese cadáver, ese guiñapo manejado por los hilos de lo oculto, se hallaba subido a sus piernas, sujetándole la cara con aquellos dedos fríos, férreos.

La Sombra se alimentó; de sus fauces brotaron hilos de oscuridad que, con la viscosidad de la resina de un árbol centenario, se deslizaron por sus mejillas en una caricia húmeda, hasta alcanzar la boca abierta del cazador. Penetró en su garganta, robando espacio al aire hasta que sus pulmones quedaron encharcados, hasta que sus órganos se inflaron con esa pesadilla hecha materia, y Vaugh Gaheena rebuscó en el interior del joven hasta dar con la esfera luminosa, que guardaba en su interior el regalo que los dioses de otro tiempo les habían hecho a los hombres: la esperanza. Los apéndices de la criatura que parasitaba la carcasa reseca, a la que la tribu adoraba con el fervor que solo concede el miedo, se cernieron sobre la luz, convirtiéndola en jirones, hasta que no hubo más que vacío dentro del cazador. Entonces el silencio se hizo en el círculo de

adoradores ciegos y la vieja sacerdotisa, sumergida en el éxtasis de su locura, vio florecer la humanidad que quedaba en la bestia, parpadeando bajo el resplandor cálido de la luna de sangre. Vivirían, al menos una luna más, al menos una estación más. Hasta que el hambre de la Vaugh Gaheena no pudiera saciarse con las ilusiones simples de un muchacho. Hasta que la desesperanza condenara a la humanidad a ser destruida para restañar el equilibrio del mundo.

ROSA N. MORILLO

@23SNIPERWOLF

# OTEANDO

El cielo es un concepto curioso.

Para la mayoría de los seres vivos, éste se corresponde con todo lo que esté por encima de ellos mismos pero, claro, en el momento en el que consigues alzarte del nivel del suelo, técnicamente, estarías en el cielo y, sin embargo, no he visto decir que están “*en el cielo*” a ninguno de esos sacos de carne que están empezando a expandirse como una hiedra venenosa. Estas criaturas con una estructura tan imprecisa que van de tener gruesos colgajos que bailan al moverse a extremos puntiagudos que parecen a punto de expandirse fuera de ellos mismos.

Esas *cosas* en proceso de perder todo su pelo a la par que sus cráneos se deforman hasta darles una capacidad expresiva diseñada específicamente para que el horror y la crueldad que gustan de intercalar se reflejen a la perfección.

Por ello, prefiero no pensar en ello. Prefiero dejar El Cielo para seres con capacidades intelectuales mayores a las mías (o mayor aburrimiento).

El cielo es algo que, supongo, existe; pero, igual que todos los seres vivos que nunca he tenido el placer de observar, no tiene que ser algo que *conceptualice materialmente* como tal para que mi existencia se sienta completa.

Me basta con saber que está ahí, listo para hacer de mi pequeña balconada para observar los horrores acometidos por este parásito que, con prisa y pocas pausas, se está encargando de corromper un mundo que antes era mortal, poco práctico y peligroso; pero nunca retorcido sin razón aparente.

No cómo lo estaba haciendo ahora mismo para la valiente víctima de la monstruosidad bajo *mi cielo*.

Otra palabra cuyo significado siempre me ha parecido *curioso* a falta de un término mejor es *Gigante*; no como la criatura que, evidentemente, nunca

existió. Sino al concepto de una especie siendo gigante. Aunque, últimamente, no parece tan importante como un día lo fue pues, si así lo fuera, los monstruos no habrían conseguido acabar con la última especie de *escamados* con plumas y dientes afilados que quedaba, escondida de todo el planeta en general, asegurándose de destruir incluso sus huesos al acabar.

*Divertido*, como estas criaturas parecieron coordinarse subconscientemente, pues todos los *Dinos* (así llamaban a los seres que han hecho desaparecer por completo, con sus escasas capacidades vocales, ruidos guturales que me hacen querer huir, dejando atrás mi actual *cielo*, alcanzando uno superior) se extinguieron tras largos rituales donde seres que no terminados de entender eran atraídos hasta nuestro plano, tan sólo para poseer a sus siervos, ahora capaces de atrocidades aún mayores.

Lo siento, divago, *Gigante*.

¡Qué curioso es llamar a algo *gigante*! No grande, no considerable, no ningún otro vocablo en esa línea.

Supongo que, comparados con las anteriores especies de su línea, estos depredadores por deporte eran *gigantes*; pero, habiendo presenciado el tiempo de los *escamados* (*Dinos*), casi me parece humorístico llamar como tal a un muchacho que sólo es remarcable en su capacidad de usar afiladas uñas para terminar de separar la dura piel de la inocente criatura que va a ser *su sustento*.

De qué maneras este concepto de *sustento* se va a aplicar, mejor no pensar en ello, pues estos chiquillos (especialmente cuando su juventud los convierte casi en manada) parecen creerse *superiores* en su imaginaria pirámide de jerarquías.

Ellos en el tope.

No me gusta ese tope.

La cosa es; aunque ellos se llamen *Gigantes*, en realidad, no lo son.

Especialmente para sus inocentes víctimas, que han llegado a tener que escalar, sus cuatro lánguidas extremidades acabadas en otras diez protuberancias, alargadas y callosas en dos de los casos, regordetas y de formas imposibles en los otros dos; todas ellas con unas estructuras siempre llenas de mugre que recuerdan a zarpas; aunque mucho peores.

Las zarpas tienen como función servir para *atacar*. Dudo que estos seres en proceso de descubrirse a sí mismos crearan estructuras tan frágiles con esa función.

Y, a pesar de ello, esa es la función que les han dado.

Destrucción, dolor, invasión, apropiación.

Eso es todo lo que parecen saber hacer.

Poco a poco, están aprendiendo a comunicarse más allá de estos sonidos guturales; y lo primero que han hecho ha sido imitar a algunas de sus más inocentes víctimas habituales.

Vi al que había sido mi peludo *amigo* correr al encuentro de su madre, las dos esferas negras que tiene por ojos brillando de ilusión y esperanza; su protectora estaba bien, a pesar de todo, estaba bien.

Entonces, atacan.

Ya no sólo con esas partes de su anatomía que tan torpes les hacían parecer, a pesar de haber aprendido a coordinarlas para ser más temibles que cualquiera de nosotros.

Atacan con armas elaboradas, parte de ellas con lo que reconozco como los huesos de la madre del cachorrillo, herido por lo único que consideraba seguro.

Jamás olvidaré, por muchos *cielos* que planee, el grito de agonía que soltó el joven de apenas meses de edad.



Un grito en el que había tristeza, pero también hostilidad. Una hostilidad que, hasta entonces, sólo habíamos tenido con natulidad, nada personal. Todos necesitamos comer.

Las reglas ya no se aplicaban. Éstas criaturas decidían usar sus cuerpos, incluso esos dientes que tardaban siglos en acabar con la carne de sus víctimas, éstas retorciéndose incluso después de que sus corazones hayan parado de latir, un dolor que podía atravesar la muerte.

Ahora, era el momento de ser aún peores, de demostrarle que este sitio no era *suyo para invadir*, incluso si tenía que ser por la fuerza, incluso si nos perdíamos por el camino.

Porque ahora es nosotros contra ellos.

Incluso si no soy más que el espíritu de lo que *sí que era* una libélula gigante *comparada con las actuales*, un fantasma literal, sigo siendo menos monstruosa que nuestros nuevos enemigos, con su carne apenas cubierta por una fina capa de piel.

Capa de piel que, espero, les quitemos con tanta facilidad como ellos a nosotros.

El juego empieza; no conquistaréis nuestro planeta.

Mejor dicho, *este planeta*.

MARLA HECTIC

@20NAINA12

## UN DÍA MÁS

Estaba cayendo la primera nevada. Todavía no hacía frío. No tanto. Una capa de pieles era suficiente, pero dentro de un tiempo, cuando los árboles comenzasen a perder las hojas, sería necesario avivar las hogueras y juntarse en las tiendas para combatir la noche. La larga noche. Subió hasta la colina. La luz solar se reflejaba en el lago. Algunos pescaban, o lo intentaban. Se acercó a ayudar, aunque no le dejaron. Las lanzas atravesaban la superficie del agua, un chapoteo, y después, silencio otra vez. Así durante horas. Una cadencia arrítmica que, con un poco de suerte, teñía de rojo las aguas, solo unos instantes. Después, una sonrisa, un comentario de aprobación y el pez saltaba sobre los cantos rodados, haciendo un ruido agónico. Silencio otra vez. A pesar de que aún era pronto, habían muerto muchos. Los túmulos fueron sencillos, ceremoniales alejados de las cabañas para no atraer animales ni insectos. Trató a los enfermos de manera discreta, para no asustar al resto del grupo.

Rompieron un par de lanzas, pero no hubo más. La luz en lo alto marcaba la hora de descansar. Recogieron y volvieron, colina arriba y colina abajo, hasta llegar a las tiendas.

Los grandes huesos estaban ya débiles, amarillentos por el paso de los días, la luz, el uso. Las pieles todavía aguantan, las cambiaron hace poco. Una hilera de humo tiritaba, débil, mientras algunos niños echaban ramitas, hojas y restos de madera para mantener viva la llama. No nevaba mucho, así que se sentó en uno de los troncos. Habló mucho, casi hasta que la noche se hizo densa. Los chiquillos le escucharon hasta que, llamados por sus padres, corrieron dentro de las tiendas. Se quedó solo.

Paró la nieve.

Ahora, el cielo estaba despejado. Iluminado, pero sin luna. Tenía esa imagen en la cabeza. La había visto hace tiempo, mucho tiempo. Era más joven. Podía correr durante horas a buen ritmo, cargando con carne y pieles y, al día siguiente, solo sentía algo de dolor. Sus ojos veían lejos, muy lejos, no como

ahora. Ahora, lo único que tenía, era su vida, encerrada en su cabeza, con las tradiciones, consejos y métodos que su padre tuvo, que su abuelo tuvo... eso y su voz. La atención de los jóvenes, pero nada más. Todo lo tenía y todo llegaba a su fin, otra vez. Tardó mucho en entenderlo, a pesar de que su padre y su madre se lo explicaban siempre que podían. Era algo importante. Algo debe irse para volver, algo debe morir para nacer, algo debe marchitarse para brotar. Los días pasaban y se repetían, así como las estaciones. Era la ley escrita, siempre lo era. Respiró profundamente, llenando sus pulmones de aire fresco y, apoyado en su bastón, caminó hasta las rocas.

Las moscas, junto con la luz solar, se habían ido. No quedaban muchas, ya. La sangre estaba demasiado seca y los huesos los habían robado animales salvajes, así que la comida escaseaba. Las calaveras, como siempre, seguían allí, colocadas en los salientes de las grandes piedras, intactas. Los insectos no se posaban sobre ellas, la hiedra, musgos y líquenes no crecían sobre ellas e incluso los lobos las evitaban. Saludó a su padre con un delicado gesto de cabeza, mirando en el interior de aquellas cuencas vacías, pero apartó la mirada rápidamente, con temor a observar lo que se pudiese encontrar allí. Caminó un poco más, hasta la pesada roca que se encontraba ante la entrada de la cueva. Tras ella, una gruta se internaba en la tierra, bajo un pequeño montículo. Se tumbó sobre ella y miró al cielo. Observó, pero aún no era el día. No podía entrar, por mucho que lo intentase. Pero no estaba seguro. Se levantó, pesadamente, y caminó hacia la oscuridad. Avanzó hacia abajo, apoyado en la pared de piedra, guiándose por sus salientes, como tantos otros habían hecho antes que él, hasta llegar al final. No había nada. Solo piedra, arena, hierbas creciendo en los salientes, el sonido de las gotas de agua filtrándose desde el lago, o desde algún pozo cercano. Respiró decepcionado, a pesar de que era lo que esperaba y salió de nuevo a la noche. Cruzó el círculo de piedras, en meditativo silencio, con el sonido de sus pies sobre las esquirlas de hueso y las hojas secas como única compañía. En su tienda, sin hacer ruido, se echó sobre la paja y las pieles, echando antes un poco de madera en la pequeña hoguera central y durmió.

El sol estaba ya radiante cuando despertó. Las últimas nubes se habían ido, dejando un cielo despejado. El habitual sonido de los pájaros no existía aquí ya, pero volvería pronto.

Muy pronto. Tuvo un sueño intranquilo. Alguien le hablaba desde la oscuridad, alguien le recibía, con los brazos abiertos, en lo más profundo de aquella cueva. No entendía sus palabras, ni siquiera podía ver sus gestos. Solo destellos, parpadeos de luz que marcaban una figura en la espesa negrura. Se despertó sudando y algo desorientado. En el exterior, la vida seguía su curso. Todos hacían lo que podían para colaborar. La partida de la noche había regresado ya. Como las últimas semanas, no traían buenas noticias. Presas escasas, algunos conejos, jabatos pequeños, aves menores. Suficientes para no morir de hambre, pero hacía falta más. Los niños necesitaban crecer y los jóvenes energía para salir de nuevo. Las bayas comenzaban a saber mal, o estaban secas en sus ramas. Junto a las hogueras, o cerca del río, la gente hablaba mucho, entre susurros casi todo el tiempo. Hablaban de irse más lejos, de cruzar llanuras y montañas y no mirar atrás. Pero nunca lo hacían. No se atrevían. Era demasiado camino, en tierras nuevas y desconocidas. Lo sabían perfectamente. Incluso las partidas de caza, en sus viajes, no se alejaban más de un día, por temor a lo que pudieran encontrarse más allá. Además, tampoco era fácil. Las piernas se les cansaban más rápido de lo habitual, a pesar de no llevar ninguna carga. Los más pacientes comenzaban a alterarse, temblaban de nerviosismo e incitaban al grupo a volver. Las mujeres más veloces se aletargaban y aquellas cazadoras con buena vista encontraban su visión borrosa y sensible a los cambios de luz. Siempre volvían y aunque no hablaban mucho de su viaje, los rumores se propagaron rápidamente junto a las hogueras.

Durante ese día, nadie le molestó. Le saludaban con una reverencia de cabeza, le sonreían con dulzura, los jóvenes le abrazaban. Paseó mucho, sobre todo junto al lago.

Nadó en las frías aguas, se secó bajo la luz solar, sintió el viento en la piel. Comió su ración y disfrutó de un día más. Mientras atardecía, esperó la noche con verdadera ansia. Los recuerdos de los días como aquel eran borrosos, pues,

cuando ocurrió, él era casi un crío. Todavía no podía cargar bien con su primera lanza y en su primera partida, un jabalí le había atravesado el muslo, para la preocupación y mofa, casi a partes iguales, de los suyos. Las últimas luces del día y las primeras de la noche le acogieron cuando llegó al centro del asentamiento. Las hogueras ardían en llamas vivas, con la gente volcando todos sus materiales y esperanzas en ellas. Miró hacia arriba. Hoy, a pesar de ser un día más, era el día. Las estrellas estaban claras, tan claras como nunca las había visto. Estaba escrito, ahí, en el firmamento. Llegó la noche.

Todo el pueblo le acompañó hasta las piedras, tal y como él les había pedido. Siguió avanzando, en solitario, hasta la entrada de la cueva. Se giró. Sonrisas alegres, gestos de aprobación. La luz de las antorchas y las máscaras talladas en madera y hueso. Los cuchillos de piedra esperando en las manos desnudas. Ahora, de repente, hacía frío. Los más pequeños se envolvían en capas de pieles, arropados por sus madres, o descansando junto a sus piernas. Sus ojitos miraban con curiosidad aquella escena, desconocida y única. Muchos de ellos puede que no volviesen a verla nunca a lo largo de sus vidas. Esperaba que así fuera, aunque tenía sus dudas. Los ciclos no se rompen.

Algunos no sabían que hacían allí, y solo los más ancianos estaban tranquilos de verdad.

Avanzó en la oscuridad, hasta que los murmullos y la luz quedaron atrás. Pero esta vez, no había fondo. La piedra, desaparecida, había dejado lugar a pequeños luceros blancos, brillantes como la luna más clara que él seguía ciegamente. Caminó hasta que, sin previo aviso, desaparecieron. Ni un parpadeo, ni una señal. A su alrededor, las más profundas tinieblas.

Gritó de dolor y se derrumbó. El suelo no era fría roca, como esperaba, ni siquiera arena o plantas. Solo estaba ahí, había algo. Sólido, denso, pero en cierta manera, inalcanzable.

Sentía que caía sin descanso. La carne ardía. En su brazo, aquella diminuta mota de luz iba viajando lentamente, desprendiendo a su alrededor un olor a carne

quemada, como el que tantas veces había experimentado cerca de las hogueras. Veía sus venas, sus músculos, parte de sus huesos. Por donde aquella mota de luz viajaba, su piel se volvía translúcida, se deformaba, se encogía y estiraba dejando pliegues, arrugas y estrías de todo tipo. Pero el dolor se iba haciendo tolerable, gustoso incluso. Desaparecía por cada segundo recorrido. Cerca de su pecho vio su corazón, palpitando excitado y sus pulmones, tal vez llenos por última vez. No lo sabía con certeza. Escuchó crujir algunos huesos y la sangre salpicaba mientras se retorció en el suelo. Sus ojos se llenaron de luz, incendiados, mientras aquella voz le hablaba y le mostraba lugares que no había visto, pero le resultaban extrañamente familiares. Lugares más allá de las nubes, lejanos, inalcanzables incluso desde las cumbres montañosas que a veces visitaban. Y después, silencio.

Mucho silencio.

Aquella noche, los demás comieron y comieron. Comieron hasta hartarse de aquel ser deforme, medio quemado y retorcido que se había arrastrado desde la oscuridad hasta el círculo de piedras. Todavía respiraba sobre aquella mesa de piedra, pero el sonido de los sílex no paró hasta que el último pedazo de carne fue arrancado de los huesos, hasta que el último órgano fue exprimido y consumido. Había mucho que comer. Varios brazos, retorcidos entre sí formando una amalgama tentacular, uñas, dientes y huesos, rotos y reblandecidos, que las madres hacían chupar a sus hijos junto a jirones de carne tierna y varios ojos, todavía frescos, que los adultos se rifaban entre risas y animadas conversaciones. El frío había desaparecido, o tal vez, ya no era algo importante. Esbozó una sonrisa con los músculos que le quedaban. Se sentía feliz. Parte de él estaba ahora en todos ellos. La sangre que caía al suelo se mezclaba con las rocas, con el barro, con la arena. Las plantas crecían sobre aquellas salpicaduras. Briznas de hierba con tintes rojizos y bayas grandes y frescas. También estaba allí. Estaba incluso en el agua, llevado por las gotas que se habían filtrado hasta el lago y sus acuíferos. Ahora, simplemente, se dejó llevar y se unió a aquel banquete que se celebraba, en cierta manera, en su honor.

Amaneció.

Se despertaron con el sonido de los pájaros. Las hogueras se habían consumido, dejando ahora cenizas que eran arrastradas por la brisa matinal. Alguien gritaba de alegría, habían vuelto los peces y en el sendero hasta el lago, densos arbustos dejaban caer orondas bayas dulces y sabrosas. Respiraban aliviados. Su calavera descansaba ahora en una de las aberturas de la piedra, inmaculada, en completo silencio. Pero no importaba, estaba en todas partes. Estaba en el niño que acariciaba la hierba con sus manos, extraño de su verde y su frescura, en la mujer que se limpiaba la sangre del banquete en el lago, tiñendo sus aguas de rojo oscuro y en la pareja que, con pasión, se amaba en una arboleda cercana mientras los demás hacían sus labores. Estaba en todos ellos.

Sentía el aire que entraba y salía de sus cuerpos, la sangre en sus venas, el ritmo de sus corazones. Se alejó de todo ese ruido y se centró en su nuevo hogar. Tenía sueño, mucho sueño. Descansaría en la oscuridad de aquella cueva y aunque era tentador hacerlo ahora, esperaría. Se conformaría con otras cosas, picoteos ligeros que cayesen en aquella oscuridad y la vida que pudiese sorber, hasta que las estrellas le dijese que su rebaño estaba listo para ser sacrificado.

A partir de ahora se quedaría allí, esperando, un día más.

*COMODORO ZARPITAS VON MIAWSTEIN*

## *UNAS PALABRAS NO TERRORÍFICAS*

Primero de todo, muchas gracias por la acogida, ¡11 relatos! Que para lo que es esto es muchísimo. Gracias por el esfuerzo, la oportunidad y las ganas de aparecer en esta distri tan underground. La próxima cuantos relatos serán, ¿15? ¿20? Sería brutal y poco a poco veo que os va gustando, incluso, escribiendo esto y viendo twitter puedo ver las ganas que tenéis de leer la antología, ¡yo también quiero que la leáis y la disfrutéis! Por desgracia, he dejado fuera relatos preciosos, que no eran malos, para nada además, pero vi que encajarían mejor en otro lugar y podrían tener otra vida en otra antología, web o incluso escribir un libro solamente por ese relato.

Segundo, y creo que último, es la primera vez que sale algo de terror, ya que yo no soy mucho sobre terror, no he leído mucho. Ni siquiera he leído a Stephen King o Lovecraft (racista) y quería probar con algo nuevo, o al menos algo que yo no había ni leído ni había escuchado nunca. Puede que no sea lo que estéis esperando, porque ni siquiera yo sabía como iba a ser esto hasta que me llegaron todos los relatos dije “vale, ya se como quiero que sea” y al final ha salido esto. No se si dará terror, miedo o algún susto, eso ya veréis cuando lo leáis entero.

Disfrutad de esto, comentadlo, pasad miedo y metros en la piel de un neandertal. Nunca dejes de leer la distri, ni de participar, y sobre todo, nunca dejes de divertirte.

Buena lectura y mejor vida, amigos.



*CUANDO TODO ES NUEVO*

*TODO DA MIEDO*



*CUIDADO CON TODO..*

*DISTRIBUIDOR*